

SIGNIFICADO DE LOS CAMBIOS POLÍTICOS DE GORBACHEV ANTE EL GOBIERNO DE REAGAN*

JACQUES LÉVESQUE

TODO OBSERVADOR del escenario político internacional reconoce que Gorbachev ha dado nuevo dinamismo a la política exterior de la Unión Soviética, pero sólo hasta ahí llega el consenso. Los más escépticos afirman que el suyo es, en esencia, un cambio de estilo, y que usa los recursos de la propaganda con más habilidad, todo lo cual en poco altera la sustancia de la actitud soviética. Los más prudentes, aunque reconocen que hay signos positivos, opinan que es demasiado pronto para afirmar que haya cambios reales. Por último, quienes están de acuerdo con que existen los primeros, no lo están en cuanto a la naturaleza y amplitud de los segundos.

A riesgo de exagerar y verme obligado luego a añadir matices, creo que, llegado Gorbachev al poder, hubo un cambio radical de actitud en la política soviética respecto a Estados Unidos, el cual se debe al reconocimiento implícito y doloroso de que la URSS se halla en posición débil ante Estados Unidos, y a la admisión, también implícita, de que —a la inversa de lo que creían quienes precedieron a Gorbachev— la Unión Soviética fue incapaz de igualar a su contrario como superpotencia militar.¹ Dicho de manera directa, creo que, enfrentando a la

* Traducción de Martha Elena Venier.

¹ Con el tiempo, ese reconocimiento se hace más explícito, si no en los propósitos de Gorbachev, sí en los de su canciller, Shvarnadze, quien —en su discurso ante la Academia de diplomacia del Instituto de Relaciones Internacionales, y del cuerpo principal del Ministerio de Relaciones Exteriores, el 27 de junio de 1987— dijo: “Si la tesis de que el objeto de la diplomacia es crear un ambiente favorable para el desarrollo interno es exacta —y lo es, sin duda—, debemos reconocer que la debilidad de nuestro poder y su decaimiento constante son, en parte, error nuestro. Fuera de la URSS, ustedes y yo representamos un país que, en los últimos quince años, ha perdido terreno constantemente ante los países avanzados. . . . Nuestro servicio diplomático no supo advertir a tiempo nuestro atraso en la revolución científica y técnica, ni predecir la reestruc-

realidad, Gorbachev juzgó inútil y estéril obstinarse en reclamar derechos de igualdad, y que, en consecuencia, se dedicó a promover en la Unión Soviética nuevas ideas sobre seguridad y control de armas.

Cuando el gobierno de Reagan —sin mucha seguridad— se dio cuenta de la situación, se atribuyó el mérito, en parte por lo menos, justificadamente. Así pues, en el círculo de Reagan se creía que bastaba mantener firmeza en todas las negociaciones sobre control de armas y que la Unión Soviética terminaría por ceder, como empezó a hacerlo. Esto es ir demasiado rápido y demasiado lejos, sacando conclusiones simples de una situación compleja. Aunque, en efecto, la Unión Soviética se encuentra en posición débil, la suya no es debilidad absoluta y su situación no es desesperada porque puede actuar con soltura en muchos planos.

Conocer y evaluar correctamente las debilidades puede ser ventaja política importante; permite abandonar territorios en donde se espera en vano conseguir ventaja y orientar las acciones hacia donde hay más posibilidad de éxito. Esto hizo Gorbachev y podríamos decir que, al hacerlo, se situó en la filiación leninista más directa, sobre todo si concedemos a ésta el monopolio de la eficacia política. Y, en efecto, al adoptar una nueva actitud hacia el gobierno de Reagan, Gorbachev pudo tomar la iniciativa en las relaciones este-oeste, y poner en defensiva a Estados Unidos.

LO NUEVO EN SU RELACIÓN CON LO VIEJO

Para entender mejor lo que tiene realmente nuevo la orientación y el contenido de la política de Gorbachev en lo que se refiere a Estados Unidos, es menester recordar, aunque sea brevemente, la que predominó en la URSS desde principios del decenio actual hasta el final del ministerio de Gromyko en julio de 1985. Las armas nucleares tácticas que hay en Europa, aunque no es el único hecho importante, ilustran mejor los cambios a que me refiero.

Muchos miembros del Pacto del Atlántico consideraron el extraordinario empeño de la Unión Soviética para evitar que se desplegaran misiles estadounidenses (desde 1981 hasta 1983) como una pugna de intereses políticos. Se llegó a pensar que las funciones específicamente militares de los misiles crucero y pershing eran secundarias, y a ver sólo

turación de la economía mundial, ni aconsejar prudencia contra la fatua exageración acerca del comercio de energéticos". *Vestnik Ministertva Inostrannykh del SSSR*, núm. 2, 1987, p. 31.

su función política, es decir, la reafirmación concreta del compromiso estadounidense en la defensa de Europa occidental, que se denominó reacomplamiento estratégico. En el mismo sentido, se consideró que el objetivo principal de la URSS en esa lucha sin cuartel era también de tipo político, y que le interesaba sobre todo separar a Europa de Estados Unidos. La interpretación era errónea. Si ese propósito hubiera sido esencial para la URSS, pudo haberlo conseguido resignándose a aceptar la opción cero.

Si no lo hizo fue porque se atuvo entonces a un concepto estricto y rígido de la igualdad estratégica con Estados Unidos, en el cual lo militar tenía enorme importancia. Debemos recordar que por el rechazo constante de Estados Unidos y sus aliados a considerar los sistemas nucleares francés y británico en la definición y el equilibrio estratégico de Europa, fracasó finalmente, en 1983, la negociación sobre euromisiles. Esos dos sistemas no tenían gran importancia cuantitativa, pero podían aumentar; la Unión Soviética insistió hasta el final en que se les tuviera en cuenta, y reclamó para ella y sus aliados el derecho de equiparar prácticamente todo el sistema de armas del Pacto del Atlántico. Esa conciencia de su calidad y derechos como potencia causó el rechazo de Estados Unidos y sus aliados.

Es importante recordar también cuáles fueron la reacción y la política de Andropov y Gromyko cuando empezaron a llegar a Europa los misiles estadounidenses (Gromyko representa aquí la continuidad que perduró con Chernenko y hasta julio de 1985). El gobierno soviético interrumpió entonces las negociaciones, no sólo sobre armas nucleares, sino también las START y MBFR. Toda negociación sobre armas se interrumpió entonces. La URSS recurrió también a diversas medidas represivas de tipo militar. Anunció que aumentaría sus proyectiles SS 20, ya numerosos, e instalaría otros de corto alcance en Checoslovaquia y la RDA, política de ojo por ojo con la cual quería demostrar a Estados Unidos y Europa que, si era preciso, tenía los medios para adelantarse en la carrera de las armas, y que éste tendría interés en llegar a acuerdos aceptables para ambos. Durante dos años los soviéticos hicieron cuanto les fue posible para dar un toque dramático al fracaso de la distensión; ejemplos notables son el boicot de los juegos olímpicos en Los Ángeles, y el intento de dar término al minientendimiento de las dos Alemanias para castigar a la RFA por su participación en el despliegue de euromisiles. No significa esto que Gromyko quisiera terminar con todo lo que restaba de la distensión; al contrario, lo hizo con el deseo de revivirla.

La Unión Soviética quiso siempre, incluso antes que Occidente, dis-

miruir las tensiones. Pero desde principios del decenio actual, en virtud del poder e influencia conseguidos por la URSS la década anterior, Gromyko estaba convencido de que Estados Unidos y Europa en especial no podían sino tener un mínimo de entendimiento y cooperación con su país. Sobre todo, la RFA mostraba signos de "intoxicación" por la *détente*. Así pues, al matizar con tintes dramáticos el fracaso de la distensión y sus posibles consecuencias, daba por hecho que los líderes europeos, la opinión pública y el Congreso estadounidense se inquietarían lo suficiente y presionarían para que el gobierno de Reagan llegara a un acuerdo con la Unión Soviética. Inquietudes y presiones existían ya, pero eran insuficientes para doblegar la actitud inflexible de Reagan (sin precedentes desde el decenio de los cincuenta), cuya influencia se acrecentó en Estados Unidos y Europa.

Luego de tanto y tan prolongado esfuerzo para colocar a la URSS en el sitio de superpotencia y lograr que se la reconociera como tal, Gromyko sobrestimó su poder internacional y su capacidad para influir en los acontecimientos mundiales.² Como sabemos, su política de "ducha fría" de 1983 y 1984 terminó en fracaso, y tuvo que hacer ciertos ajustes, aunque sin cambiar su actitud fundamental. Gromyko aseguró que las negociaciones START y las de misiles se reanudarían cuando hubiera cambios en la actitud de los estadounidenses (Gromyko había exigido que retiraran sus euromisiles). Las negociaciones se reanudaron en 1985 sin que hubiera cambio alguno de los estadounidenses.

Pero para reanudarlas se había logrado una concesión que podía considerarse de enorme valor. Desde 1984, el proyecto "guerra de las galaxias", anunciado por Reagan el año anterior, despertó gran preocupación en los soviéticos por lo que tenía de reto técnico y por la amenaza que significaba para la relativa igualdad estratégica de ambas potencias. Ahora bien, ante la insistencia de la Unión Soviética, Estados Unidos aceptó tratar ese programa en las negociaciones. El texto de la declaración conjunta después de la reunión de Schultz y Gromyko (Ginebra, 7-8 de enero de 1985), pocas semanas antes de la muerte de Chernenko, decía, en efecto, que la negociación tenía por objeto conseguir "acuerdos para evitar la competencia de armas en el espacio". Además, Gromyko consiguió que se añadiera en la declaración un texto por el cual se estipulaba que en lo concerniente a las tres negociaciones paralelas (sistemas

² En 1975 escribió que la URSS y las "fuerzas de paz del mundo" tenían ya peso suficiente como para "orientar los asuntos políticos internacionales" (véase su "Programma mira v deistvii", *Kommunist*, núm. 14, 1975. Es evidente que había bastante propaganda en esos propósitos, pero el comportamiento y las previsiones de la diplomacia soviética a principios del decenio actual demuestran que Gromyko creía en ellos.

intercontinentales, euromisiles y armas espaciales), éstas debían “considerarse y resolverse en interrelación”.³ La formalización del trato era un éxito para la Unión Soviética y su única oportunidad para obtener concesiones en la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE). Mientras el gobierno de Reagan admitía que la eficacia de un sistema de defensa espacial dependía de la limitación de armas ofensivas, la URSS quería compensar lo que creía su incapacidad para competir con Estados Unidos en la IDE con la posibilidad de neutralizarla, por lo menos parcialmente, aumentando sus misiles.

El texto de la declaración de Schultz y Gromyko no hubiera sido posible sin la división que existía en el gobierno de Reagan. Poco después de la reunión, varias veces se dijo en Washington que la IDE no era negociable, y que en Ginebra simplemente se había informado a la Unión Soviética sobre los proyectos estadounidenses. Gromyko denunció esas afirmaciones como muestras de mala fe, insistió en que Estados Unidos se atuviera al texto de la declaración conjunta, y a veces dejó entrever la amenaza de que la URSS dejaría las negociaciones si Estados Unidos no actuaba según su compromiso.

En ese tiempo, se interpuso un acuerdo de principio para una conferencia cumbre sugerida por Reagan. En la primavera de 1985, poco después de que Gorbachev llegara al poder, Gromyko aplazó constantemente fijar fecha para la conferencia, y la condicionó al progreso de las negociaciones sobre el control de armas. La URSS no propuso nada nuevo en las negociaciones de Ginebra, en espera de que Estados Unidos reaccionara.

Según la opinión que predominaba en la URSS —cuyo vocero era Gromyko—, una conferencia cumbre bajo las condiciones de Reagan y sin concesiones sobre el control de armas, no significaba otra cosa que entregar el juego y todas sus piezas a los elementos más intransigentes de su administración. Reagan quería la reunión sólo por cuestiones de “relaciones públicas” con su Congreso y sus aliados europeos, para demostrar que el “rearme” de Estados Unidos no era elemento de tensión internacional ni obstáculo —todo lo contrario— para el diálogo con los soviéticos. Cuando la URSS rompió las negociaciones a fines de 1985, Reagan dijo que la firmeza y constancia en su programa de armas sujetaría a los soviéticos a la mesa de negociaciones. Así, pues, una conferencia sin concesiones sería el medio para demostrar que la fuerza de Estados Unidos podría reducir a la URSS, con lentitud pero con seguridad, para que llegara a un acuerdo según condiciones impuestas por

³ *Pravda*, 9 de enero de 1985.

los estadounidenses, y la mejor manera de conseguirlo era que el Congreso votara en favor del aumento del presupuesto militar que el presidente solicitaba.

En opinión de Gromyko, una reunión en esas condiciones habría alimentado su política antisoviética, y hubiera significado el fracaso total de la política que el premier había procurado durante años. Sin duda, no por casualidad se fijó fecha para la primera reunión entre Gorbachev y Reagan el 2 de julio de 1985, día en que se promovió a Gromyko a presidente del Presidium del Soviet Supremo, decisión que se había tomado la víspera, durante la reunión del Comité Central del Partido.

Lo que llamé análisis principal de las intenciones del gobierno de Reagan y la mejor manera de no facilitar su juego, dejó de tener peso porque ya no fue importante para la política soviética. El tema se trata con frecuencia en la prensa y otros escritos soviéticos.

CUESTIONES DE ESTILO Y SUSTANCIA

La forma de actuar de Gorbachev parecía sobre todo cambio de estilo y tácticas, pero no dejó de evolucionar y ganar consistencia hasta el punto de convertirse en cuestión importante.

En primer lugar, aceptó asistir sin condiciones a la reunión de Ginebra en octubre de 1985. No dejó de repetir que la razón básica para asistir era avanzar en el programa de control de armas. En esa reunión nada se consiguió al respecto; sirvió, dijo Reagan, sólo para "conocerse", pero Gorbachev afirmó que había sido útil. Y no sólo eso, aceptó, también sin condiciones, participar en dos reuniones más en 1986 y 1987. Al hacerlo corría el riesgo de mostrar debilidad. Reconocer las propias debilidades es bueno, sin duda, pero es preferible no ostentarlas, sobre todo cuando se negocia con un adversario tan duro. Éste ha sido el problema constante de Gorbachev (volveré al tema más adelante).

El nuevo dirigente soviético tenía —más que sus predecesores— conciencia de la gravedad de los problemas, del estancamiento económico de su país y de las consecuencias que para la economía significó la orientación de los mejores recursos técnicos y humanos hacia el sector militar. En consecuencia, quería evitar competir con Estados Unidos en una carrera de armas espaciales en la que éstos tenían la ventaja. Gorbachev sabía que se hallaba en posición relativamente débil en las negociaciones, y que el tiempo no estaba a su favor, antes al contrario. Entonces, ¿qué esperaba conseguir Gorbachev en esas circunstancias?

A partir del verano de 1985 —mientras preparaba la reunión, y sin

pausa desde entonces— puso en movimiento lo que se puede calificar de avalancha de propuestas sobre control de armas, impresionante tanto por la calidad de la propaganda cuanto porque cada una añadió elementos nuevos en concesiones muy concretas —con frecuencia unilaterales—, y continuó empujando su avalancha, aunque no recibía mercedes a cambio. Nada más diferente a una política de ojo por ojo.

En mediano plazo, según cálculo y apuesta política de Gorbachev, esa avalancha daría lugar a que fuera más difícil para el gobierno de Reagan conservar la inflexibilidad en todas sus exigencias y en todos los ámbitos. Es decir, si los estadounidenses no hacían concesión alguna, su gobierno estaría cada vez más a la defensiva ante su Congreso y la opinión pública europea, y se presentaría como un fósil, como gobierno esclerótico, atrasado e incapaz de asir el momento histórico.

Cuando Gorbachev tomó ese camino, no tenía garantías de que conseguiría algo. En realidad, por más de año y medio no hubo señales de que obtendría resultados favorables; no obstante, insistió. Al parecer veía su actitud como inversión para el futuro, porque si nada conseguía con Reagan, por lo menos quedaba preparado el terreno para quien le sucediera. No había, creía Gorbachev, más alternativa que perseverar, sobre todo porque la política anterior había fracasado. Lo dijo claramente en su informe ante el XXVII Congreso del partido en febrero de 1986, en una frase destinada a los escépticos —incluido entre ellos, quizá, Gromyko—: “la continuidad de la política exterior nada tiene que ver con la simple repetición de lo hecho antes, sobre todo cuando enfrentamos problemas acumulados que no hemos podido resolver”.⁴

Éstas son algunas concesiones importantes que hizo Gorbachev: antes de la reunión en Ginebra, aceptó separar de las otras dos negociaciones la que concernía a las fuerzas nucleares intermedias, porque esperaba que un acuerdo sobre éstas favorecería una apertura para las negociaciones restantes, mucho más difíciles (los misiles intermedios son menos apropiados para saturar un sistema de defensa espacial y como elemento de negociación); en enero de 1986, Gorbachev aceptó casi todas las condiciones estadounidenses de 1983 formuladas a base de la “opción cero”. Digo *casi* todas, porque, aunque consistió en que los sistemas francés y británico no se descontaran, exigió que se conservaran en su cantidad actual. Dejó de lado esa condición en el verano de 1986 —volveré sobre el sentido y sustancia de esa decisión.

El 11 de junio de 1986, en la reunión de Ginebra, la Unión Soviética presentó una nueva propuesta sobre armas estratégicas interconti-

⁴ *Pravda*, 26 de febrero de 1986.

mentales. Aceptó considerar la reducción sin precedentes de sus fuerzas nucleares de superficie, adhiriéndose así a una de las principales demandas de Estados Unidos, que veía gran amenaza en esas armas. Si se tiene en cuenta la diferencia en la composición de fuerzas que existe entre ambos países, esa concesión era muy ventajosa para Estados Unidos. Gorbachev procuraba, entre tanto, unir este acuerdo con otro sobre la IDE. Antes de la reunión de Reijkiavik, con la certidumbre de que Reagan jamás aceptaría un acuerdo de ese tipo, Gorbachev renunció a la idea de que se prohibiera definitivamente el sistema de defensa espacial antimisiles. Sólo pidió un acuerdo por el cual ambas naciones se comprometerían a no retirarse del tratado ABM (algo posible, previo aviso, según una de sus cláusulas), durante por lo menos 15 años, el tratado ABM prohíbe, en efecto, la ampliación de esos sistemas, y, según la interpretación aceptada hasta ahora, limita severamente la experimentación en ese campo, aunque permite la investigación. Con esta propuesta, Gorbachev esperaba ganar tiempo para diferir elecciones difíciles en lo que se refiere a estrategia y ubicación de recursos. Todo indica que, en efecto, la URSS no ha hecho aún elección definitiva para responder a una ampliación del sistema estadounidense.⁵

PROBLEMAS INTERNOS Y EXTERNOS DE GORBACHEV

Dije antes que, durante más de año y medio, las sucesivas concesiones de Gorbachev no dieron como resultado apertura alguna; al contrario.

Aunque prácticamente aceptó la opción cero en 1986, Estados Unidos propuso un acuerdo que superaba las condiciones exigidas en 1983. No sólo quería conservar los misiles en Europa —nada de sorprender, si tenemos en cuenta de qué manera vio sus intereses en el proceso—, sino que exigió se eliminaran los misiles SS 20 en Asia, algo de mucho más peso que la congelación que se reclamó en 1983. Por lo demás, Estados Unidos anunció, en mayo de 1986, que no respetaría el límite fijado por el tratado SALT II, jamás ratificado, y que éste había caducado definitivamente.

Por cosas como éstas, era difícil para Gorbachev justificar y defender su política ante los dirigentes soviéticos. No podía faltar la advertencia de que al hacer una concesión tras otra, sin tener la seguridad de que los estadounidenses reaccionarían positivamente, no hacía más

⁵ Véase Jaques Levesque, "L'Union Soviétique et l'IDS", *L'Analyse*, núm. 13, 1986, pp. 36-38.

que alentar intransigencias y nuevas y adversas demandas que debilitaban la posición de la URSS en las negociaciones. Todo esto —podría reclamársele— no conducía sino a la capitulación total a las condiciones de Estados Unidos. Aunque es difícil identificarla y evaluarla con exactitud, hay muestras de que Gorbachev encontró gran resistencia interna a su política con Estados Unidos. En varias ediciones, el periódico militar *Krasnaia Zvezda* previno en contra de “aquellos que alimentaban ilusiones en el gobierno de Reagan”. Y sin duda fue también a causa de la oposición interna que —desde el verano de 1986 Gorbachev se mostró cada vez más indeciso a poner en marcha la segunda reunión que debía realizarse en Washington.

Pero, en general, Gorbachev se atuvo a sus decisiones políticas. Prueba de ello es la reacción de los soviéticos cuando Estados Unidos anunció que no respetaría la cuota señalada por el tratado SALT II. Senadores y expertos estadounidenses advirtieron a su gobierno que no convenía separarse completamente del tratado, porque la URSS estaba en mejores condiciones de producción para multiplicar misiles intercontinentales y aventajar a Estados Unidos en ese aspecto. La Unión Soviética podría haber recionado así, aunque sólo fuera para tener más poder en las negociaciones. Pero no lo hizo ni amenazó con hacerlo; se contentó con lamentar la decisión de Estados Unidos.

Establecidas las prioridades de su política interna, Gorbachev consideró que no podía volver a la de ojo por ojo. La URSS podría haber conseguido una ligera ventaja en los sistemas intercontinentales, pero se arriesgaba a acelerar la carrera armamentista, y, en un juego de curso imprevisible, proporcionar más agua al molino de la IDE. Además, una reacción como ésa podía terminar con su nueva política, la cual, a todas luces, es de largo aliento. La reacción de Gorbachev fue moderada, porque sabía que las tensiones internacionales no podían sino provocar en el país un ambiente desfavorable para las reformas políticas y económicas que había iniciado y quería continuar. La violenta campaña contra Estados Unidos que lanzó la Unión Soviética después del ataque al boeing surcoreano y cuando se instalaron los euromisiles a fines de 1983, provocó en el país una corriente incontrolable de neoestalinismo (es casi seguro que ni Gromyko ni Chernenko la querían), que terminó con debates y proyectos de reformas apenas iniciadas por Andropov. Entre otras cosas, ese vínculo con la política interna permite afirmar que la actitud de Gorbachev supera consideraciones de naturaleza táctica.

No hay que exagerar acerca de la resistencia que Gorbachev encontró en su país, ni creer que su liderazgo estuvo seriamente amenazado; tampoco conviene subestimarla. No se puede entender de otra manera que

después del fracaso con la IDE en Reijkiavik, haya decidido relacionar éste con el final del acuerdo sobre misiles intermedios, que acababa de concluir, sobre todo cuando había conseguido una sola concesión de Reagan, quien aceptó volver a la opción cero. El breve periodo de confusión que hubo en la política soviética después de la reunión, manifiesta claramente las dificultades que Gorbachev tuvo en su país. Al dejar Reijkiavik, el jefe del equipo soviético que acompañó a Gorbachev viajó a Europa occidental, para confirmar que lo aceptado un año atrás sobre un acuerdo diferente en armas nucleares tácticas era válido. Poco después, en Moscú, un vocero del gobierno dijo que esa posibilidad no existía. Gorbachev dio fin a la confusión cuando por medio de la televisión afirmó (esto no podía sino socavar su crédito) que, en efecto, no había posibilidad de acuerdo separado. Ante la incapacidad de Gorbachev para obtener la mínima concesión en la IDE, los militares soviéticos —y quizá también políticos como Gromyko— pensaron sin duda que la opción cero significaba demasiadas concesiones para la Unión Soviética. Habría que insistir en que para la opinión soviética tradicional ésa era una concesión enorme, porque podía representar una capitulación total a las condiciones impuestas por los estadounidenses, contra las cuales los predecesores de Gorbachev habían luchado encarnizadamente durante años. Dejar de lado los misiles franceses y británicos significaba abandonar el concepto estricto de igualdad estratégica y la exigencia de derechos absolutamente iguales con Estados Unidos y la OTAN, que había prevalecido hasta entonces.⁶

Cuatro meses después, en febrero de 1987, Gorbachev estuvo en condiciones de insistir en su propuesta de acuerdo separado sobre la opción cero. Aun cuando las oportunidades de llegar a un compromiso con Reagan sobre la IDE parecían casi nulas, tenía otras razones para querer e imponer un acuerdo separado sobre misiles intermedios. Firmar un acuerdo con el gobierno de Reagan —el más conservador y anti-soviético de los gobiernos estadounidenses por decenios—, hostil desde el comienzo a acuerdos de este tipo, podía representar para Estados Unidos y para el escenario internacional, la “santificación” del control de armas en los años por venir.

⁶ Aunque en la URSS no se criticó directamente que aceptara la opción cero, la prensa militar no dejó de señalar la cuestión de los misiles británicos y franceses, sus programas de modernización y la extensión que tendrían en el año 2000 (véase sobre el tema, “Tour d’horizon militaire et politique”, *Krasnaia Zvezda*, 18 de octubre de 1987).

MODERNIDAD DE LA ESTRATEGIA

En el grupo más militante del gobierno de Reagan, se creía que la opción cero era inaceptable para la URSS, y en eso encontraba una de sus ventajas. No fue, pues, fácil para Gorbachev hacerla aceptar en su país. A fines de enero de 1986, ante Alessandro Natta, jefe del partido comunista italiano, Gorbachev pronunció un discurso revelador. Durante años, el PC italiano criticó la política militarista rígida de la URSS en Europa (y otras partes), que desperdigó movimientos pacifistas, desalentó a los partidos europeos de izquierda e incitó a los gobiernos a cerrar filas con Reagan. Para crear una nueva política internacional —dijo Gorbachev— la URSS no debía limitarse a la propaganda sobre control de armas, sino dar pruebas concretas y efectivas al respecto. En ese mismo discurso —que pronunció poco antes de retirar su demanda sobre el congelamiento de los sistemas francés y británico— mencionó una serie de obstáculos en el control de armas, la mayoría de los cuales atribuyó al imperialismo, aunque, prudente, no le acusó de un problema que mencionó en su conclusión: “Hay otro obstáculo real en el camino del desarme. Me refiero a cierta inercia de pensamiento, a su atraso frente a la realidad que cambia rápidamente ante nuestros ojos.”⁷

Al favorecer la opción cero, Gorbachev demostró que era absolutamente segura la situación militar de la URSS en Europa, y que dismantelar los SS 20 sin que se hiciera otro tanto con los misiles franceses y británicos no le afectaba en absoluto. Desde que esto se consiguió, se dice en la URSS que en la era nuclear, debido a la capacidad destructiva de las armas, no tiene sentido insistir en que cada fuerza o sistema tenga su equivalente o compensación exacta, y que no es necesario pensar en su equilibrio como en un negocio. A esto se denomina en la URSS “nuevo criterio” en estrategia. Es un hecho sin precedentes en la historia de la URSS que haya aceptado arrumbar sus misiles modernos a cambio de hipotéticas ganancias políticas en Europa, y de un supuesto sobre la evolución política estadounidense.

Al parecer, corresponden al mismo criterio los cortes profundos que la URSS piensa hacer en sus misiles pesados de superficie; esto significaría cierta desventaja estratégica, pero no una amenaza. Si lo que se llama “nuevo criterio” estratégico se afirmara definitivamente e influyera en el futuro, habría perspectivas muy alentadoras para el control de armas: a últimas fechas, han mejorado las oportunidades de Gorbachev para que ese criterio prevalezca. La rapidez con que aprovechó

⁷ *Pravda*, 29 de enero de 1986.

el incidente del Cessna 172 para poner en guardia a toda la institución militar soviética, destituir al comandante de la defensa antiaérea y también al Ministro de Defensa —a quien sustituyó con alguien de su confianza— le deja el campo más libre.

Cuando Gorbachev aceptó llegar a un acuerdo separado sobre la opción cero, expertos en cuestiones militares estadounidenses y europeos hicieron notar que no era concesión tan importante como hubiera sido en 1983, porque los misiles que la URSS había instalado en Checoslovaquia y Alemania Democrática después de esa fecha podían, *grosso modo*, llenar las funciones de los SS 20; de ahí —decían— que Gorbachev hubiera aceptado fácilmente la posibilidad de retirar estos últimos. A base de hechos como éstos, Estados Unidos y varios gobiernos europeos insisten en relacionar la opción cero con acuerdos sobre misiles de corto alcance. Ante el asombro de todos, Gorbachev propuso retirar y prohibir estos misiles, con lo que, por cierto tiempo, provocó confusión e incertidumbre en muchos gobiernos, en los que revivió temores por el desarme y desnuclearización de Europa.⁸

Este verano, Gorbachev continuó impulsando su carga de concesiones. Aunque Estados Unidos no puso condiciones estrictas, pidió que la opción cero se extendiera a Asia, ya que, en Reijkiavik, se había aceptado reducir a cien el número de los SS 20. En julio, Gorbachev anunció que aceptaba el pedido; y lo hizo no tanto para satisfacer a los estadounidenses, cuanto como prenda para Japón y China;⁹ crear un ambiente que no favoreciera la militarización de Japón y normalizar las relaciones sinosoviéticas. Aquí también empezó a romper la intranigente inmovilidad de sus precededores.¹⁰

Después de salvar situaciones muy difíciles, se puede decir que la actitud y el dinamismo de Gorbachev empezaron a dar frutos. Consiguieron —si bien es cierto que con la ayuda de hechos circunstanciales— poner al gobierno de Reagan a la defensiva en su política sobre armas

⁸ En el discurso que pronunció al conmemorarse setenta años de la revolución, Gorbachev dijo que el tratado sobre misiles intermedios “era sin duda un hecho importante en la nueva estructura”; pero al mismo tiempo, como para justificar las grandes concesiones que había hecho, afirmó —a pesar de las pruebas en contra— que las había obtenido sobre la base de la aplicación *estricta* del principio de seguridad equitativa (yo subrayo; véase *Pravda*, 2 de noviembre de 1987).

⁹ Según el director del Instituto del Lejano Oriente de la Academia de Ciencias, M. Titarenko, la intención era conseguir un ambiente político favorable para mejorar, sobre todo, las relaciones con China (*Izvestia*, 26 de septiembre de 1987).

¹⁰ En el discurso leído en Vladivostok (6 de julio de 1986) ofreció por primera vez una concesión territorial a China (*Pravda*; 29 de julio de 1986).

nucleares; en Estados Unidos ha cambiado bastante el ambiente político en cuanto a la posibilidad de acuerdos sobre control de armas.¹¹ Sin duda, la URSS tiene ahora la iniciativa política en las relaciones este-oeste. Aumenta constantemente la popularidad y el crédito de Gorbachev en la opinión pública europea, especialmente en Alemania Occidental. También en Francia, donde la desconfianza hacia la Unión Soviética era grande desde fines del decenio pasado, hay un cambio favorable, según indican las encuestas, aunque no con la misma intensidad que en Alemania. Ante las circunstancias el canciller Kohl no podía sino quitar —como lo hizo— lo que parecía uno de los últimos obstáculos menores para concluir un acuerdo sobre misiles intermedios, y aceptó retirar los misiles de corto alcance que llevaban cabezas estadounidenses.

A pesar de la debilidad de su posición, Gorbachev demostró que puede ser un líder formidable en el escenario internacional, y sin duda será un reto para Occidente en los próximos años. En lo político, no en lo militar, destacarán esos desaffos.

Comentarios

Hemos escuchado dos exposiciones excelentes, una que da una visión muy oficial del proyecto de relaciones exteriores de la Unión Soviética, y una segunda que es un ejercicio de estrategia y táctica con un caso de análisis. Se puede considerar que desde Stalin hasta nuestros días la política soviética ha sido bastante exitosa en términos de relaciones exteriores. Creo que Stalin recibió un gran regalo con la redefinición de fronteras en el mundo en aquel entonces. Kruzhev intentó hacer una nueva política, y después de su derrota con la crisis de los misiles en Cuba, tuvo una victoria; el compromiso de Estados Uni-

¹¹ A.G. Kovalev, primer viceministro de Relaciones Exteriores, dijo en su discurso ante los secretarios de organización del partido de las instituciones soviéticas con base en el extranjero: “Estados Unidos intenta cercarnos con un muro de enfrentamiento. Hemos rehusado seguir una política de ‘muro contra muro’ acelerando la carrera armamentista en respuesta a la carrera del Oeste. . . No nos atrincheramos en espera de que caiga la ola del enfrentamiento y que aparezcan socios más convenientes en las negociaciones. Hoy podemos decir que conseguimos detener la tensión en el mundo y creamos un ambiente más favorable para solucionar ciertos problemas de seguridad y desarme, aunque ese ambiente no haya madurado aún.”

dos de no intervenir en Cuba. El periodo de Brezhnev fue sin duda de grandes logros; sus teorías de seguridad colectiva dieron frutos en Asia, el Medio Oriente y África, en forma de diversos tratados bilaterales de seguridad recíproca. Finalmente, llegamos a un periodo difícil, pero Gorbachev, producto del XX Congreso del Partido, tiene fuerza para asegurar el liderazgo de la Unión Soviética en este momento.

Lo que me preocupa, respecto a la política exterior soviética, es que están coincidiendo muchas crisis no resueltas. Los chinos tuvieron crisis, hicieron su revolución cultural, se abrieron por un flanco, pero no hubo coincidencia generalizada de crisis. Estados Unidos en la posguerra ha tenido también capacidad de manejar sus crisis, gracias en parte a coyunturas. Creo que Gorbachev tendrá que remediar un problema que la Unión Soviética nunca quiso resolver. Era imposible que un ruso siguiera viendo el desarrollo de alta tecnología mientras no tuviera posibilidad de disponer de un refrigerador. Era imposible que el país tuviera un gran complejo industrial militar a la vez que carencia de elementos fundamentales, como en materia de microprocesadoras. La sociedad soviética tiene exigencias de modernización, y Gorbachev enfrenta el gran reto de solucionar simultáneamente varias crisis.

A fines de los años sesenta, en Estados Unidos surgió una literatura de análisis de la situación internacional y del papel de Estados Unidos en el mundo. Kennan decía que la Unión Soviética, debido a su ideología comprometida con la revolución mundial y su base de poder nacional, estaría constantemente dedicada a expandir el comunismo y disgregar a las sociedades no comunistas. Como conclusión, en sus consejos a Truman, dice Kennan que por parte de Moscú nunca puede haber una sincera aceptación de una comunidad de objetivos con las potencias consideradas capitalistas. Entonces, el único remedio es la contención permanente, paciente pero firme y vigilante.

Quince años después, Gorbachev, en sus años universitarios, seguramente tuvo acceso a esta literatura, porque en su documento del 2 de noviembre dice: "El XXVII Congreso brindó la nueva y pormenorizada concepción de la política exterior. Como es sabido, esta concepción arranca de la siguiente idea: el mundo contemporáneo, pese al carácter profundamente contradictorio y a las diferencias radicales entre los estados que lo componen, es un mundo intervinculado, interdependiente y que constituye, en cierta medida, un pueblo único." Continúa Gorbachev diciendo que una nueva mentalidad, con criterios universales y orientación hacia el buen sentido y la franqueza, ha empezado a abrirse paso en los asuntos mundiales, destruyendo los estereotipos de antisovietismo y los recelos hacia las iniciativas y acciones soviéticas. Aquí plantea tres preguntas, como dice él, espinosas: ¿Tiene el imperiaismo capacidad de ajustarse a la interdependencia? ¿Es posible que el capitalismo pueda darse sin el complejo industrial militar? (Responde él que sí es posible; en la posguerra hubo tres casos evidentes: Japón, Alemania e Italia.) ¿Es posible que el sistema capitalista prosiga sin recurrir al neocolonialismo? Observamos que en la nueva política soviética Gorbachev está ajustándose al patrón de la convivencia interimperial. Se trata de coexistir de tal forma que la competencia

entre capitalismo y socialismo pase a ser una competencia espiritual. Y esto es muy importante para nosotros, porque obviamente nos obliga a muy serias reflexiones en los términos de qué consecuencias puede tener la política soviética contemporánea, al ajustarse a la política exterior de Estados Unidos, para las demás naciones.

Finalmente, un punto un poco crítico y paradójico. Hemos vivido en la posguerra, gracias a las armas nucleares, el equilibrio del terror que, pese a todo, ha evitado la guerra. Ahora se resuelve eliminar del escenario global, hasta el año 2000, el elemento nuclear, y esto podría reabrir el camino natural del mundo prenuclear, de respuestas a ciclos que no han tenido en la historia otra salida que el conflicto.

JOSÉ THIAGO CINTRA

Quisiera que no nos dejarámos guiar por las buenas intenciones y buenas voluntades políticas que están señalando los medios de comunicación. Vale la pena recordar que actualmente las negociaciones de las que se han hablado solamente cubren el 4% del armamento nuclear: se prescindirá sólo de 2 803 proyectiles, 1 944 soviéticos y 859 estadounidenses.

Para entender la situación actual, debe recordarse que a fines de los años setenta hubo un serio deterioro del clima internacional, en particular de las relaciones soviético-norteamericanas. Aunque ese deterioro empezó a raíz de la intervención soviética en Afganistán, se agudizó con la llegada de Reagan al poder en 1981. Este periodo empezó a conocerse como segunda guerra fría, y se distingue por el hecho de que el liderazgo estadounidense era seriamente cuestionado por sus aliados mismos. El enfrentamiento entre las dos superpotencias no ocurría ya de manera directa, sino en el Tercer Mundo (Afganistán, Yemen, el Golfo Pérsico, Centro América). En esta etapa, a diferencia de la “primera guerra fría”, la capacidad de armamentos convencionales y no convencionales estaba equilibrada entre ambas superpotencias.

Al mismo tiempo, Estados Unidos continuó con la política de gasto en armamento para “detener” a la URSS, y de exaltación de los “valores morales” de la sociedad occidental. Por ello, los conceptos de disuasión, desarme y control de armamentos pasaron a un segundo término. Se agudizaron así las falsas percepciones en ambas sociedades. Los norteamericanos confunden, en especial, metas y conductas soviéticas. Creen que los líderes soviéticos siguen un plan maestro para conquistar el mundo. Se diría que los soviéticos conocen mejor a los norteamericanos, aunque también aquéllos se equivocan —por ejemplo, cuando suponen que las políticas norteamericanas tienen sólo explicaciones económicas, o cuando creen que los medios de comunicación están bajo el mando del Estado norteamericano, lo que equivale a negar la autonomía de los intereses particulares.

EDUARDO ROLDÁN

Yo quiero partir de una comprobación interesante: la primera mesa en la que estamos trabajando sobre la política exterior soviética tiene por parte de ambos ponentes un énfasis muy obvio en la relación entre las superpotencias. Creo que esto no solamente se debe a que en otras mesas se abordarán otras cosas, sino que también refleja de manera bastante adecuada las probabilidades del mundo real para ambas superpotencias. Yo voy solamente a enfocar ese aspecto de la política exterior soviética, la relación con Estados Unidos.

En segundo lugar debo señalar que me voy a centrar fundamentalmente en el trabajo del profesor Lévesque por varias razones. Por razones de fondo en cuanto al trabajo mismo, que presenta planteamientos muy sugerentes y bien fundamentados; y por razones de forma muy elementales: lo recibí por escrito, y siempre es más fácil comentarlo. Pero también voy a centrarme en su trabajo porque, desafortunadamente, en el escaso tiempo que el Ministro Consejero tuvo para preparar su ponencia no fue posible encontrar en las posiciones oficiales presentadas, al nivel de generalidad que se presentaron, grandes cambios en las posiciones oficiales que hemos oído en otras ocasiones. El tema de este pánel son precisamente las modificaciones recientes en la política exterior soviética, por lo que en realidad no creo que tenga demasiado material para cortar por ahí. Por tanto me voy a centrar, insisto, en la segunda ponencia y en particular quiero hacer una serie de anotaciones sobre lo que me parece punto central: los problemas de la evaluación del poder relativo entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

El trabajo, creo yo, tiene una serie de virtudes pero también, por razones muy comprensibles —dado que la temática del seminario en el que estamos enfatiza sobre todo el estudio del lado soviético—, descuida un poco el lado norteamericano. A esa visión de las dinámicas internas e internacionales soviéticas es necesario agregar la contraparte de lo que pasa en Estados Unidos, sobre todo si vamos a estar hablando de relaciones bilaterales, si vamos a tratar de evaluar el poder relativo de ambas superpotencias si en última instancia vamos a estar intentando ver si las concesiones, tan bien documentadas en la ponencia, de Gorbachev son producto de la debilidad o de la fortaleza punto este último esencial para entender hacia dónde va la relación soviético-norteamericana.

Lo que yo quisiera, entonces, es, por una parte, reforzar todavía más las conclusiones que la ponencia presenta en el sentido de que lo que se puede esperar es una mayor iniciativa soviética, pero, por la otra, introducir otros elementos que nos permitan dudar que estas iniciativas vayan a encontrar una recepción positiva *internamente* en Estados Unidos.

Pasemos ahora a nuestro primer punto: la evaluación del poder relativo. La ponencia, tanto escrita como presentada oralmente por el profesor, tiene una muy interesante tensión, la tensión entre lo que podríamos llamar estructura y coyuntura. El profesor parte en la página 1 de decirnos que la Unión Soviética percibe estar en una situación de debilidad general y en la página 16 nos dice que es claramente la Unión Soviética quien ha logrado tomar la iniciativa política. Parecería que en estructura los débiles son los soviéticos y

que en la coyuntura política quienes muestran una capacidad de negociación mayor son también los soviéticos. Entonces esta tensión entre coyuntura y estructura es lo que me parece que es interesante, rico y necesariamente discutible de lo que de alguna manera se ha estado presentando. Otra manera de ver este problema sería el distinguir analíticamente, por un lado, la relativa posición de los países, y, por el otro, la de sus líderes políticos. Yo creo que esta falta de congruencia la estamos viendo reflejada en la coyuntura más inmediata en los últimos cuatro días, a los que se refería ya el profesor Roldán. Si uno analiza qué cumbres —y esto lo ha hecho mucha gente realmente especialista en el tema— entre Estados Unidos y la Unión Soviética han llevado después de ellas a un proceso de relajamiento en las tensiones, o sea, qué cumbres han sido exitosas, no es difícil encontrar una serie de factores bastante claros que hacen que una cumbre tenga mayores posibilidades de éxito que otra.

En el caso de la que estamos viviendo, algunos de estos elementos están presentes y otros no necesariamente. El primero de ellos es que normalmente las cumbres más exitosas han sido aquellas que han llevado a la firma de documentos. De alguna manera, a veces se nos olvida que esto no es tan frecuente como puede parecer de la experiencia de los últimos cuatro días. De la docena más o menos de reuniones en la cumbre que ha habido, solamente en la mitad de ellas se han firmado documentos concretos, específicamente relacionados con el problema del control de armas. La que se lleva como todos recordamos las palmas en esto es la cumbre de 1972 entre Nixon y Brezhnev en la que firmaron tres acuerdos. Quien firma por la parte norteamericana es el mismo presidente conservador que al año siguiente iba a estar en una situación de debilidad tal que iba a ser muy difícil la continuación del proceso que se inauguraba con tantos auspicios en mayo de 1972. Esto sugiere por lo menos dos variables importantes para pensar si puede o no puede mantenerse el proceso.

La primera es que efectivamente sea un *proceso*. Las cumbres que son ejercicio de diplomacia personal para mejorar el clima político no nos han llevado a ningún lado; las cumbres más exitosas han sido las cumbres que de alguna manera han reflejado un proceso previo de negociación entre los equipos y no entre los liderazgos políticos de los países. En este caso mi evaluación del ejercicio que acaba de culminar es bastante menos clara de lo que sería en el primer punto. Efectivamente hay un cierto proceso, pero no podemos de ninguna manera pensar que haya habido un periodo previo de relaciones muy correctas que permita considerar los más recientes desarrollos como la culminación de una etapa que abriría otra nueva.

El tercer elemento de éxito de las cumbres tal vez es el más interesante por lo que hace a esta cumbre y a la temática abordada en la ponencia, y se refiere al hecho de poder contar con liderazgos políticos sólidos y percibidos como sólidos en ambas superpotencias. Efectivamente hay una gran novedad. Es ésta la primera vez en el pasado reciente que tenemos un liderazgo soviético con perspectivas de consolidación. Era muy difícil tener relaciones —sólidas o no sólidas— cuando había falta de estabilidad en liderazgo del sistema político de la Unión Soviética.

Efectivamente, hay un cambio, pero se puede pensar, tal vez, que ese cambio tiene una cierta falta de consistencia con lo que pasa en Estados Unidos. Cuando Reagan estaba en su mejor poder político, en su punto más alto de poder político interno, los soviéticos no representaban una opción negociadora sólida. Hoy los soviéticos por primera vez parecen intentar una opción coherente de negociación, pero la pregunta es: ¿está Reagan en condiciones de ser la contraparte adecuada?

Es por eso que quiero enfatizar el lado norteamericano. Regreso a mi punto inicial (estructura-coyuntura) para hacer dos anotaciones distintas. La primera, yo no estoy totalmente convencido de que al nivel de la estructura sea tan obvia la debilidad soviética con relación a Estados Unidos; me parece que si uno cuenta cantidad y calidad de armas efectivamente es cierto, pero si uno agrega a esta contabilidad de armamentos la situación de las estructuras productivas que de alguna manera están detrás de la capacidad de mantener esto, la cosa no está tan clara del lado norteamericano. El déficit fiscal norteamericano no solamente ha seguido ahí sino que se ha mostrado que las vías preferidas por los republicanos para el recorte del gasto público enfrentan limitaciones muy obvias para resolver este problema. Por otra parte, y lo estamos viendo en las últimas semanas, empieza a haber un consenso muy sólido de que el gasto bélico es profundamente negativo para la economía norteamericana, porque independientemente de su impacto en la esfera de la producción tiene un impacto brutal en la esfera de déficit público. Y si se estima que el déficit público está detrás de cosas tales como los problemas financieros de hace tres semanas, yo ya no tengo tanta claridad respecto de la supuesta "solvencia estructural" de los norteamericanos para estar hablando con los soviéticos. Van a empezar a tener grandes presiones por disminuir este tipo de gasto, las estamos viendo hoy, porque los recortes en el gasto social se han mostrado ya bastante inelásticos. Lo que queda como un poco más elástico es el gasto bélico y ese gasto tendría que ser de alguna manera afectado.

Entonces, al nivel de la propia estructura, me parece que la cosa no está necesariamente clara, pero si esto es así, también lo es en la coyuntura, en la política, digamos, donde las cosas están aun más claras de lo que plantea el profesor Lévesque en términos de la debilidad relativa del liderazgo norteamericano. Yo diría que hay básicamente dos razones adicionales por las que esta vinculación entre política interna y capacidad negociadora en la que él puso tanto énfasis es muy importante. En primer término, porque éste es el punto esencial de casi todos los comentarios que tratan de ver si las modificaciones en el comportamiento soviético representan un cambio "táctico" o realmente un cambio más profundo en su política. Como es bien sabido, algunos observadores plantean —para sustentar la hipótesis de que el cambio es sólo de táctica— que Gorbachev necesita tiempo internamente o que Gorbachev está en una situación en que bastantes problemas tiene en el interior como para complicarse la vida en política exterior, por lo que está simplemente ganando tiempo mientras que solidifica su situación interna antes de realmente entrar en ese otro campo.

Pero también del lado norteamericano hay una segunda razón, la cual debe resultar bastante obvia a un observador latinoamericano: el poder y el consenso político interno están obviamente relacionados. Si uno sigue la experiencia de Centroamérica en los últimos años, tratar de medir la capacidad de resistencia nicaragüense frente a los norteamericanos en términos de elementos de poder militar entre ellos y Estados Unidos, etc., es una ridiculez. No hay manera de comparar. Pero la falta de consenso interno norteamericano, la política interna, ha abierto una serie de brechas en la capacidad de ejercicio de poder que yo supongo también tiene que ver con lo que pasa en la relación con la Unión Soviética. Por tanto, precisar más esta vinculación entre la política interna y capacidad de negociación entre potencias me parece esencial.

Al intentar evaluar el poder de Reagan en términos de política interna, es muy interesante ver cómo diversos analistas norteamericanos, sobre todo aquellos que trabajan otras áreas de su política exterior, empiezan a tener una visión bastante más escéptica de lo que ha sido la experiencia de Reagan en política exterior y la supuesta "recomposición hegemónica" que intentó desarrollar.

Entre los comentarios que se han hecho está el de Stanley Hoffman, en el cual él señalaba, desde mi punto de vista con gran precisión y con gran certeza, que la política de Reagan ha representado más ruido que nueces, que si uno centra la atención en las cuestiones esenciales, en las áreas grises y de confrontación entre las superpotencias, realmente no parece encontrarse con una política como la que uno esperaba si se hubiera seguido la política anunciada al inicio de la administración.

Esto no ha sido descuidado por quienes en Estados Unidos evalúan esa política. ¿Por qué? En primer lugar porque en alguna medida por culpa de Reagan muchos de sus fracasos se ven como fracasos en relación con la Unión Soviética. Puede ser que si él hubiera manejado la política de Centroamérica de otra manera, la incapacidad de siete u ocho años de imponer su visión de las cosas de Centroamérica se viera de otra manera, pero el caso es que él vinculó Este-Oeste con Centroamérica, y como resultado, al nivel de las percepciones, su fracaso en Centroamérica está relacionado con lo que estamos hablando en relación con la visión política interna norteamericana.

En segundo término, porque en temas como de nueva cuenta Centroamérica, se han mostrado claramente los límites, los costos del unilateralismo, y esto ha despertado de nueva cuenta el interés norteamericano en la necesidad de una visión mucho más multilateral de su política exterior. En tercer lugar, de manera más específica yo creo que tenemos un año en que Reagan no ha tenido un triunfo serio en el Congreso. Hemos tenido, una tras otra, derrotas de Reagan frente a la rama legislativa.

Pero no es en la oposición en el único punto en el que la política interna marca límites a la acción del gobierno republicano. También existen problemas con relación a sus simpatizantes, especialmente importantes en la presente coyuntura electoral. En un proceso electoral como el norteamericano, los candidatos necesitan infanterías, necesitan del señor que va de puerta en puerta

y se moviliza. Las infanterías de los dos procesos anteriores electorales de Reagan han sido fundamentalmente proporcionadas por la derecha más ideológica. Sin embargo, después, al momento de gobernar, no han sido estas mismas fuerzas las que lo han hecho. En la campaña electoral ellos han sido los que han dado la mayor parte, digamos, del activismo político sobre el cual Reagan pudo elegirse. Pero sus visiones de cómo opera el mundo y cómo opera en particular la política internacional, son bastante simplistas y no han podido consolidarse como guías de la acción política concreta en la mayor parte de los campos.

En el presente contexto electoral puede pasar algo semejante, los componentes más ideológicos de la coalición republicana van a ser importantes en el proceso electoral. Y esto abre la tentación del simplismo anticomunista una vez más. Por todo esto, la duda, si uno ve el lado norteamericano, es no tanto si ahora tenemos un liderazgo soviético adecuado. Creo que sobre eso no hay mucha duda. La duda es, si puede realmente contarse con una contraparte norteamericana sólida. Por la difícil coalición en la que se sustenta el proyecto republicano podría tal vez dificultarse el proporcionar un seguimiento en los próximos meses a este éxito de los últimos cuatro días. Y creo que la respuesta a esta duda no está nada clara.

Quiero por último señalar tres variables adicionales que creo podrían agregarse a la excelente ponencia que comento para enriquecerla todavía más. La primera es el llamado problema del *linkage*, de la vinculación no entre tipo de armas sino entre áreas temáticas. Puede aquí hablarse de un cierto triunfo soviético. En el inicio de la cumbre, Reagan insistía en hablar de conflictos regionales, de cuestiones políticas, de derechos humanos, vinculando todas las cosas, en buena medida como reflejo de su posición política interna. El resultado de la reunión al parecer es mucho más el mantener las cosas en el campo de control de armas y el separar las temáticas. Me parece que si esto es así, que si mi percepción es correcta, habría una prueba adicional de que los soviéticos han tomado la iniciativa.

Segundo, hay un cierto incremento del espacio para la conciliación por una razón muy elemental: ambas potencias se están comportando más como superpotencias convencionales. ¿Qué quiere decir esto? La ideología ha terminado por ser menos importante en ambos lados, al bajar el perfil ideológico tanto de Reagan como de los soviéticos. Esto es muy importante. Las cuestiones de ideología no son negociables. Es muy difícil negociar con problemas del imperio del bien y del imperio del mal; cuando se manejan problemas de valores, negociar es muy complicado. Pero un comportamiento más convencional de superpotencia abre una posibilidad que no existe necesariamente en divisiones como las que dominaban anteriormente.

Por último, tercer punto, cuando uno entra en materia, ya tomando en cuenta las limitaciones de política interna norteamericana a las que me refería antes, es complicada la situación precisamente porque una vez que se ha llegado al primer escalón de un proceso lo que sigue es muchas veces más difícil. Lo que sigue exige mayor precisión, necesita una administración más cuidada.

dosa y no estoy muy seguro de que los norteamericanos, ya tan acostumbrados a lo que ellos llaman *muddling through* de sus distintas políticas exteriores, puedan en este momento proporcionarlo. Y esto precisamente por los problemas de política, de consenso interno a los que yo me refería antes; problemas que de alguna manera se resumen en una frase de Mariano Grondona: la existencia en Estados Unidos de “halcones sin garras y de palomas sin alas”.

La política consistente, coherente, cuidadosa como la que se requiere después de llegar al primer éxito global es particularmente difícil. Concluyo entonces señalando que, en mi opinión, donde está la cruz de todo esto es precisamente en la política interna, soviética y también norteamericana, y por eso me parece extremadamente sugerente la vía de análisis que siguió el profesor Lévesque.

CARLOS RICO